LA AMADA TRISTE

Enrique G. Santamaría

Enrique G. Santamaría

La Amada Triste

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1997

© Derechos Reservados *by*
Enrique G. Santamaría
0545-97035-A 0133

Editorial Universitaria Potosina

A LAS MAYORIAS (Al pueblo que sufre)

Horacio decía:

Odi profanum vulgus et arceo
Odio al vulgo ignorante, y lo evito.

Juan Ramón Jiménez:

Siempre a la minoría.

A mí me gusta el pueblo, donde está el sentido común y la verdadera sabiduría.

Pienso que la Amada Triste es como un paradigma, un símbolo de este pueblo.

AMBIENTACION

Desde niño me gustó hacer versos. Era para mí algo muy íntimo, espontáneo y emotivo. Todos esos versos se fueron quedando por el camino.

En 1942 pasé a Colombia, como profesor de un seminario. Explicaba Latín y Humanidades; sobre todo literatura.

El seminario estaba en una región de Los Andes; un lugar salvaje, totalmente solo. Me atraía la soledad y me sentí en mi propio ambiente. Allí nació este poema a la soledad. Era yo todavía joven; en mis veintes.

El poema tiene tres partes:

I. —Descriptiva-emocional, la Amada Triste.

II. —Didáctica. Las lecciones de la soledad y de algunos solitarios.

III. —El convento y algunas acciones de los estudiantes; junto con los Motivos: el viento, la niebla, el río, etc.

Mis agradecimientos a Monseñor Peñalosa por su prólogo tan hermoso y al Sr. C.P. D. Abraham Sánchez Flores, que ha tomado el asunto con tanto cariño como si de él se tratara.

Enrique García Santamaría

POESIA DE ENRIQUE GARCIA

Joaquín Antonio Peñalosa

Montañas. Nubes. Danza de estrellas. Bosques de corales. Pinos góticos. Palomas escarchadas. Unas olas verdes atropellándose. El Señor gozaba creando el universo.

Cuatro ángeles se le acercan para interrrogarlo. El primero pregunta: ¿Qué estás haciendo? Era un científico. El segundo: ¿Para qué lo haces? Era un filósofo. El tercero: ¿Puedo ayudarte? Pertenecía al Voluntariado. El cuarto: ¿Cuánto vale todo esto? Era un triste socio de marketing.

Un quinto ángel observaba en éxtasis, reía y aplaudía. Era un poeta.

Tal es la actitud contemplativa de Enrique García ante el paisaje. El paisaje sobrecogedor y grandioso de los Alpes de Colombia donde vivió por nueve años. El paisaje lo inoculó de relámpagos y rocíos.

Surge de su poesía, la naturaleza viva que palpita y habla. No es fácil encontrar en la poesía de este último medio siglo, el protagonismo del paisaje. Al poeta de hoy le interesa el hombre y sus siete tragedias. Enrique García da la espalda al hombre, aun a cualquier latido humano, para quedar absorto, con el alma en vilo, ante estas inmensas creaturas: el viento, la tormenta, el río caminante, los pájaros concertistas. Aquí no reina el rey de la creación, sino el paisaje desnudo, soberano y avasallador.

Esta deleitosa contemplación del paisaje vuelve al poeta un enamorado de la soledad. Una soledad que no es negación ni vacío, sino compañía y encuentro:

> Tu eres la soledad pura, absoluta,
> sin árboles, sin flores y sin máscaras.

Lejos de todo ruido, mas tan lejos
que ya el silencio en estupor se cambia,
lejos de toda vida, a tanta altura
que hasta la piedra tiembla y se desmaya...
(La virgen de sal).

El poeta refuerza su teoría de la soledad como ideal y norma de vida, en la bíblica procesión de cuatro "hombres del desierto": Moisés, Elías, Juan Bautista y Cristo.

Enrique García Santamaría nació en León de España, el año de 1913. Fue ordenado sacerdote redentorista a los 25 años y a los 29, destinado a Colombia donde vivió, extasiado ante sus Alpes, hasta 1951, cuando pasó a México. Ha vivido los últimos veinte años, en la ciudad de San Luis Potosí.

Además de la vena lírica —¿inspiración, "furor divino", toque del ala de un ángel?—, su poesía denota una sólida formación literaria, tanto más que fue profesor de letras por largos años; sólo que publica estos poemas después de más de cuarenta años de haberlos escrito, cuando ha variado la sensibilidad y las formas líricas.

En cuanto a la métrica que emplea, tradicional siempre, destaca el romance, algunos sonetos y unas bien entonadas y doradas liras:

Mientras termina el día
y la noche se extiende
alumbrada por miles de centellas,
nos quema la alegría
que el corazón no entiende,
porque está más allá de las estrellas.

INVITACION

Le dije a mi corazón,
corazón ¿por qué no cantas?
¿Eres un niño pequeño,
que tiene la lengua atada?
Treinta años ha que naciste;
pasaste por muchas aulas. . .
Corazón mío asombrado
despierta, despierta y habla.
Tantas bellas primaveras
por tu sangre enamorada,
tal vez ni una mariposa
se posó sobre tus ramas?
Tantos veranos y otoños
henchidos de fuego y savia
¿no han madurado en tus labios
el fruto de una palabra?

Oye en el amanecer
la alondra que se desata,
en el sol de mediodía
la sierra de las chicharras.
En la noche canta el grillo
entre el croar de las ranas.
Y cuando todos se duermen
bajo la luna de plata
el coro de las estrellas
y todos los cielos cantan.

Le dije a mi corazón,
corazón, ¿Por qué no cantas?
El se sonrió dulcemente,
con una humilde mirada
y me dijo: Tengo llena
de melodías el alma.
Entonces bajé corriendo
al río, corté una caña
y la puse entre sus dedos
como zampoña encantada.

LLEGADA

Era una noche oscura, turbulenta
cuando llegué a tu puerta, enamorado;
soplaba un viento frío, despiadado
y rugía el rencor de la tormenta.

Las gotas azotadas por el viento
me hacían cerrar los ojos,
mas no sentía enojos
pues que todo mi ser era contento.

Penetré en tu castillo, tu destierro,
donde estabas reclusa, encadenada,
y al ver tanta desgracia, tanto hierro,
no pude resistir tu honda mirada.

Sentí crecer mi amor como si fueras
la imagen de mi triste corazón;
una tristeza anclada en mil quimeras,
una oculta ilusión-desilusión.

Serías para mí la amada triste,
tristeza compartida, halagadora,
amar y ser amado a toda hora
compartiendo el dolor de cuanto existe.

NIEBLA

De las altas montañas
bajando van las nieblas
en compactas falanges
de flotantes quimeras.
son oscuros rebaños
de ovejas cenicientas
que ocupan en silencio
las lomas y laderas;
rebaños de un ensueño
de noche sin estrellas;
ovejas impalpables
con figuras de esquemas.

Y un pastor solitario
que sueña con estrellas
de pie sobre las cumbres
los hatos pastorea.

Yo la busqué en mi sueño, caminando
hasta una playa oscura, abandonada;
me la encontré llorando,
en su largo dolor petrificada;
tendida a la intemperie fría y dura
en mar de soledad y de amargura.

PRIMER ACERCAMIENTO

Ejército de cumbres, serranía
salvaje con que el Ande monstruoso
prolonga su atrevida orografía
al sur del Continente más hermoso.
Gigantes moles que en secreto anhelo
erigen su ciclópea arquitectura
hasta que extinta su ebriedad de altura
se aduermen reclinadas bajo el cielo.

Bella fue vuestra historia. Sois las olas
de un ancho mar de ingentes torbellinos
en cuyos claros senos azulinos
danzaban relucientes caracolas.
Ahora por los vientos disecadas
la sombra sois de aquellas hermosuras,
espectros de olas congeladas, duras,
en esta playa oscura abandonadas.
Este silencio prolongado, frío,
que vuestra soledad cubre y rodea
es sepulcral vacío
de melodioso son de la marea.

AURORA

Como un ave te ciernes en tu nido,
flor de la noche, aurora refulgente.
Con movimiento blando
tus alas agitando
abres tu pecho de alba luz henchido
y descubres la gloria de tu frente.
Ciega sublime, en luces deslumbrada,
en tu bastón de nácar apoyada,
vas por la tierra siempre peregrina
repartiendo al mortal tu luz divina.

A tu paso la noche tenebrosa
huye y en claro día se convierte.
De esplendorosa lumbre
se ciñe la alta cumbre,
y la bóveda azul, pálida rosa,
a vida resucita de la muerte.
Todo en los altozanos y en el valle
recobra su perfil y su detalle.
Hay una conmoción estremecida,
alegre despertar de nueva vida.

Los antiguos tuviéronte por diosa,
Eurídice entre bellas la más bella.
Los divinos aedos
cantaron en sus dedos
el anillo del dios que te desposa.
Por tí levantó Orfeo su querella,
y Apolo el dios de deslumbrante cabellera
siguiendo va tu paso en la ribera,

el arquero divino, hermoso Apolo
dando vueltas a uno y otro polo.

Oculto en la braveza de estos montes
te veo aparecer todos los días.
Con tu llegada, aurora,
mi soledad sonora
se ciñe de dorados horizontes,
se enciende de fulgentes cresterías.
Yo te espero y te miro estremecido,
el pecho de tu luz y amor herido;
y el alma se me queda arrodillada,
toda, toda en tus dardos traspasada.

Flor de la noche, aurora refulgente,
ave que traes al día entre tus vuelos;
en tu tierno costado
hay un dardo clavado
que salpica de sangre tu alba frente
y enrojece la cinta de los cielos.
Y he visto que al pisar estos abrojos
hilos de llanto manan de tus ojos;
un llanto hermoso, nacarino, frío,
que todo va enjoyando de rocío.

CAMPANAS SOBRE LAS NUBES (Alborada)

Campanas tocan, campanas
de celeste alborear;
más allá de las estrellas
vibra su claro metal;
sus ecos llenan el aire
de mi dulce soledad.

Campanas tocan, campanas
en porfía fraternal;
suenan de día y de noche,
de noche resuenan más,
porque les son los luceros
micrófonos de cristal.

Campanas tocan, campanas;
sus lenguas gritando están;
son como llamas de fuego
que incendios prendiendo van.
Tócalas la Magdalena,
las toca el apóstol Juan;
todos los enamorados
campaneros son allá.

Campanas tocan, campanas
en gótica catedral;
cien torres, seiscientos bronces,
todos tocan a la par;
por todos los meridianos
sus ecos bajando van.

Campanas tocan, campanas
de una celeste ciudad
y es como una algarabía
de música angelical.
Sus ecos llenan la tierra,
sus ecos llenan la mar.

Tocad, tocad campaneros;
tocad, tocad y tocad.
Los hombres estamos sordos;
no queremos escuchar;
pero qué claro resuenan
en esta mi soledad.

Tocad, tocad campaneros:
tocad, tocad y tocad.

HIMNO

Ya se deshace el capuz
de la noche. Viene el día.
el día trae la luz;
la luz trae la alegría.

Dejad el sueño pesado,
es hora de despertar;
gima el buey bajo el arado,
brille el fuego sobre el llar.

Larga y dura es la jornada,
amargo el continuo afán;
pero es dulce el blanco pan
en una mesa colmada.

Poned todo vuestro brío
y confiad en el Señor;
saca el ganado, pastor,
te está diciendo el rocío.

LAUDES

Alabad al Señor, oh santos cielos,
templo vivo de eternos resplandores.
Alabadlo celestes moradores
que la cara de Dios miráis sin velos.

Alabad al Señor blancas estrellas,
de la noche callada vocería;
coros sofisticados de doncellas
alternadas en coros de armonía.

Alabad al Señor bellas auroras;
mediodía esplendente, numinoso;
alabad al Señor todas las horas,
las del duro trabajo y del reposo.

Alábalo en tu carro refulgente
oh sol que con tu luz el día creas;
alábalo también luna silente,
que en la noche azulada te paseas.

Alabadle profundas oquedades
pues que llenas estáis de su presencia;
alabadle mis dulces soledades,
Con vuestro resplandor y transparencia.

Alabad al Señor altas montañas,
adornados de hirsutos frailejones;
alabadlo bravíos serrijones
donde tienen su hogar las alimañas.

Alabadlo cañones y barrancas,
adonde van a dar secos torrentes,
llenos de soledad y piedras blancas,
horribles osamentas con sus dientes.

Alabad al Señor vientos pesados
con los duros aromas del romero;
alabad al Señor vientos helados
del puerto del temible Almorzadero.

Alabadle, vosotras florecillas,
que crecéis en las ásperas quebradas,
flores blancas, azules, amarillas,
florecillas del campo, innominadas.

Alabadlo también con voces suaves,
temblorosas de pena y de ternura,
en esta soledad perdidas aves,
donde no hay arboleda ni espesura.

MEDIODIA

Rosa de plenitudes; mediodía,
que recorres tu ruta con gran celo;
y al llegar a la cúspide del cielo
despliegues tu perfecta lozanía.

De tu corola azul, hecha del día,
mil estambres de luz y terciopelo
se desprenden y bajan hasta el suelo,
cubriéndolo de oro y pedrería.

Soñé en mi corazón, hueca colmena,
de abejas rumorosas toda llena,
volando a la conquista del tesoro.

Y las ví en tus estambres suspendidas,
las alas temblorosas, encendidas,
llenas las patas con el polvo de oro.

LA TORMENTA (erosión)

Hay presagios en el aire,
se avecina la tormenta.
Nubes de carbón y azufre
avanzan sobre mi sierra.
La luz, medrosa, se esconde;
la tarde se torna negra;
las rocas lívidas brillan
con una luz cadavérica.
Ráfagas de viento cruzan
con acero de lancetas.
Hay un silencio pesado;
hay una angustiosa espera.

De repente en el silencio
una llama zigzaguea;
una fiera cuchillada
la han tirado a la tiniebla.
Brota un gemido salvaje
desde unas entrañas negras.

Sobre las cimas, las nubes
en escuadrones se cierran;
unas contra otras avanzan
con una pausa siniestra.
A su paso van dejando
un polvo oscuro de niebla.
Primero es fuego rojizo
de granadas que revientan
con unos ecos lejanos
que se apagan en las quiebras.

Ya zumba el ronco cañón
con un bramido que aterra;
miles de ametralladoras
secamente tabletean.
La frecuencia de relámpagos
denuncia las bayonetas
que se encojen y se alargan
tintas en sangre bermeja.
Un escuadrón se apresura
tocando cajas de guerra;
otros emprenden la fuga,
tascando frenos y ruedas.
Cae el granizo silbando,
como una metralla espesa.

Mi soledad encogida,
como un pajarillo queda
temblando. Siente que es nada
ante aquella omnipotencia,
que tiene por voz al trueno
por miradas las centellas.
Mi soledad se arrodilla;
en silencio llora y reza.
Aludes de hojas y lodo
bajan por las torrenteras.
Su cuerpo todo llagado
en carne viva se queda.

OCASO

En una playa amarilla
el sol se embarca y se va.
De su bajel largo rato
la estela se ve brillar.

En altos prados azules
el viento, hecho rabadán,
rebaños de ovejas negras
aprisa arreando va.

Aunque tan lejos, agudo
su silbo se oye vibrar.
Se va la luz, se va el día.
Todas las cosas se van.

Mis ojos con disimulo
levanto a mi soledad;
está triste, está dormida
en silencio sepulcral.

Como en plaza de mercado,
todos se han marchado ya;
sólo queda un gran vacío
y una fría soledad.

La tierra desaparece
cual si no existiera ya;
me quedo solo, yo solo;
solo con mi soledad.

TENTACIONES
(Primera)

Por allí, la carretera
cubierta de polvo blanco.
Desde el alto Almorzadero
baja con frío de páramo.
Con la tierra complaciente
se le ciñe como pámpano;
dando vueltas y revueltas
poco a poco va avanzando;
su suavidad huidiza
nos tienta con sus halagos:
ondulando su cintura
nos muestra el fino zapato;
su taconeo sutil
nos queda coqueteando.

Allá vienen los correos,
allá sus lujosos carros,
levantan nubes de polvo
y relumbres de relámpago.
Ya frente a nosotros cruzan
saludando con la mano.
Los seguimos con la vista
y nos quedamos soñando.
Ellos volando se alejan
con galopar de caballos.

El cristal del pensamiento
se llena de espectros vagos:
bellas ciudades dormidas,

avenidas con palacios,
gente elegante que pasa
con la sonrisa en los labios.

Por sus grandes avenidas
los correos van entrando.

Con sus yemas de cristal
la brisa roza mis párrafos.
Despierto, la brisa hermana
murmura y se va de largo.

SEGUNDA TENTACION

De la barranca en la sombra,
el río, camino que anda;
sobre sus ondas se mece
una góndola de plata.
una voz, cantando, dice:
¿Quién se embarca, quién se embarca?
¿Quién quiere venir conmigo
a ver la isla encantada?
Por todo el camino flores
verá, prados de esmeralda,
bellas orquídeas colgantes
que se mecen en las ramas.
Pasará por selvas vírgenes
de maderas perfumadas,
oirá exóticas aves
de melifluas gargantas.
Verá horizontes divinos,
bandadas de hermosas garzas,
amaneceres de oro
y crepúsculos de nácar.
Oirá pronunciar su nombre
por la boca de su amada.
La góndola va a partir,
¿Quién se embarca; quién se embarca?

Recordé al divino Ulises,
comprimí la cera blanda,
taponé mis dos oídos
y le dije: Aquí amarrada,
alma mía has de quedar
en tu cárcel de montañas.

TERCERA TENTACION

El Azul me está llamando,
el azul me está diciendo:
ven conmigo, pajarillo,
volando de cerro en cerro,
pajarillo si no puedes
escapar de un solo vuelo.

Yo le dije: ¿Qué me das?
Y me respondió sonriendo:
Te daré la blanca estrella;
te daré el rojo lucero;
te daré lo que tú quieras;
te daré todo mi cielo.
¿Qué más pides? Pero ven,
muy arriba nos iremos.
Verás lagos cristalinos
adonde se baña Venus;
de las siete cabritillas
verás los verdes potreros.
Te llevaré a los palacios
deslumbrantes del gran Febo,
donde tiene sus corceles
y su carroza de fuego.

El tálamo de la Aurora
verás y los mil ungüentos
con que cada día se pinta
para asomarse a los cielos.
Y te llevaré volando
hasta el confín del misterio

para que veas la Fuente,
origen del universo;
la fuente maravillosa
que los sabios nunca vieron.

Yo le dije, está muy bien;
todo eso espero verlo.
Pero más tarde, más tarde,
hoy todavía no puedo.

PRESENCIA

. . . Sí, estás conmigo;
tu inmensidad me rodea;
gota de rocío soy
y tú la luz que la llena;
me miras, nada me dices,
mas me basta tu presencia.
Tu silencio es elocuente,
en silencio me aconsejas.
¿Será así la eternidad,
tan profunda, tan serena?
Fundidos en uno solo,
mi alma se estremece, tiembla.
Vivo en ti, vivo de ti,
imagen de vida eterna.

YO SOY...

Yo soy la golondrina que encerrada
en este alto palacio cristalino
pregunto con rencor a mi destino
si no será una fea coartada.

Mas dirijo a lo lejos la mirada
y veo que cuantos van por el camino
ninguno está contento con su sino
y todos ven su parte más menguada.

Y volviendo la vista hacia mí mismo
pienso que todo ello es egoísmo
y es mejor contentarse con la suerte.

Mi corazón me dice que mi vida
es una vida hermosa, agradecida,
y que como es la vida así es la muerte.

CONTIGO PARA SIEMPRE

Ahora, sí, para siempre ya contigo,
mi amada soledad, mi soledumbre;
aprisionado en tu ardorosa lumbre
contigo todo estoy y tú conmigo.

Derrotado se ha ido el enemigo.
Qué alegría, qué paz, qué dulcedumbre.
Ya todo cuanto va de cumbre a cumbre,
ya todo, soledad, es fiel amigo.

Deja, pues, que te ame con terneza;
déjame que te quiera con rudeza,
sin arrepentimientos y sin tedio.

Tú adme escuchar el canto de tus aves
ya que mi corazón quemó sus naves,
quedándome contigo sin remedio.

REQUIEBROS

Ya, pues, que eres mi adorada,
deja que entre estos enebros
te diga tiernos requiebros,
soledad triste y callada.
Tienes la cara tostada,
morena de sol y viento;
es un cuchillo tu aliento
que afilado en los rastrojos
me hiere en mis claros ojos
y aviva mi pensamiento.

Tu cuerpo resquebrajado
es como un martirio mudo
y está tendido, desnudo
bajo un cielo despiadado.
A veces de tu costado
se escapa un triste gemido
que vaga por el ejido,
por los valles y colinas,
y son crueles espinas
en mi corazón herido.

Pero yo te quiero así
martirizada, desnuda;
te quiero afilada y ruda
como hoja de bisturí.
Por eso apenas te ví
de tí, quedé enamorado,
y es tan fiel, tan acendrado
el amor que por ti siento,

que aunque no es amor violento,
sí es amor apasionado.

Dicen que el amor iguales
hace a los que bien se quieren:
tu martirios ya me hieren,
ya me hieren tu puñales.
Si no fallan las señales
nuestro amor es verdadero.
Puerto del Almorzadero;
aguas del Servitá, frías;
quebradas y serranías,
queredme, pues que os quiero.

GEOGRAFIA

Dos moles gigantescas; dos gemelas
cordilleras del Ande monstruoso,
divididas por un profundo foso,
su espinazo prologan, paralelas.
Semejan saurios antediluvianos
que atrapados por gélidos glaciares,
o por otros ignotos avatares,
al cielo imploran con truncadas manos.
Huyendo en la borrosa lejanía
levantan cada vez más sus cabezas
como en un pugilato de grandezas,
o en una portentosa sinfonía.
El río entre las dos se precipita
y va saltando con enorme tranco
y cuando se descuelga en un barranco
de miedo o de alegría ruge y grita.

Vuestra historia yo sé, empinadas sierras;
es una historia larga, mas sencilla;
vosotras integráis la maravilla,
la historia de los mares y las tierras.
Vuestras moles que suben hasta el cielo
con una majestuosa, augusta calma,
en silencio le dicen a mi alma
cómo irse despegando de este suelo.
Soís para mí un eternizado ejemplo;
sois paradigma de contemplación,
salmodia de alabanza, de oración,
y sois, en fin, el más hermoso templo.

¡Picachos encumbrados, cristalinos
que os dormís mecidos por el viento,
cada vez que os miro, pienso, siento
que sois huellas de Dios, casi divinos!

LA VIRGEN DE SAL

Te llamas soledad; pero no eres
aquella soledad florida, blanda,
que, en pastoril avena,
un pecho herido del amor cantara;
ni aquella en que la fuente estropezando
del huerto en flor los árboles retrata.
Tú eres la soledad pura, absoluta,
sin árboles, sin flores y sin máscaras.

Lejos de todo ruido, mas tan lejos
que ya el silencio en estupor se cambia;
lejos de toda vida, a tanta altura
que hasta la piedra tiembla y se desmaya.
Por ti jamás del hombre,
ni de animal doméstico la planta
pisó. Eres tierra virgen
y aun el misterio primigenio guardas.
De cumbre en cumbre amantes pajarillos,
mis ojos van y vienen sobre alas:
ni un soto en sombra, ni un rumor de fuente,
ni un canto de torcaz enamorada.
Estás sola, tan sola
que ya vale decir "abandonada".
Es tan hondo, tan ancho tu silencio,
que en él recela naufragar el alma.
Eres la virgen triste en el desierto
en estatua de sal petrificada.

Cuántas veces soñé con un amor;
un amor que no fuera
amor a flor de piel, halagador
tan sólo por defuera.

EL CUERPO DE LA AMADA

No tiene piel delicada;
no tiene cabeza hermosa,
ni una ligera sonrisa
que alegre su triste boca,
ni una negra cabellera
en que su tristeza esconda;
sólo arrugas, sólo muecas
de dolor y de congoja.
Y ni siquiera la nieve
pone su blanca corona
sobre sus sienes desnudas;
y ni siquiera las rocas
la ciñen con sus almenas
de crestérías gloriosas.
Toda es triste, decalvada,
cenicienta toda, toda.

No tiene un velo ligero
que cubra sus carnes rotas,
ni un adorno, ni un perfume
que endulce sus duras formas.
Laderas desencajadas
forman sus caderas rotas,
tristes caderas escuálidas
sin un cinturón de sombra.
Sus senos duros, estériles

no manan leche sabrosa,
ni una fuente cristalina
con linfas de agua sonora.
Sus torrenteras resecas
muestran sus piedras redondas,
como dientes descarnados,
dientes que ríen sin boca.
Sus colinas depiladas
están huérfanas de sombra;
en ellas no anda el ganado,
ni zurean las palomas.
Algún solitario pino
contra el azul se recorta;
un grupo de verdes sauces
en la cañada solloza.
La carrasca retorcida;
la jarilla verdinosa,
secos tomillos leñosos,
tomillos, ay, sin aroma.

NO VENDRA LA PRIMAVERA

¿No vendrá la primavera
con sus gracias milagrosas
a cubrirte con sus flores,
a ungirte con sus aromas?
¿No vendrá la mansa lluvia
con sus resonantes gotas
a fecundar las semillas
que en tus entrañas sollozan?
¿No vendrán las suaves brisas
con sus voces melodiosas
a alegrar tu corazón
que en mar de dolor se ahoga?
¿No las tiernas avecillas
con sus harpas armoniosas
a endulzar tus tardes tristes
y tus insomnes auroras?
Sí vendrán; pero tus flores
tienen ásperos aromas
y se ven tan pequeñitas
en tus enormes manotas.
Sí vendrán; pero las lluvias
torrenciales te destrozan,
llevándose tras de sí
tus ya muy escasas ropas.
Sí vendrán; pero tus brisas,
que de los páramos soplan,
queman tus ojos marchitos,
agrietan tu seca boca.
Sí vendrán las avecillas;
pero, no encontrando sombra,

de nuevo se volverán
a sus selvas rumorosas.
Sí vendrán; tu corazón
lo adivina y se emociona.
Pero aquí la primavera
muy apenas si se asoman.

Otros tal vez hasta ella habían llegado
en viaje de placer o de aventura;
pero al verla en tan grande desventura
la habían al momento abandonado.

TODOS SE VAN DICIENDO

Todos se van diciendo,
soledad que eres triste, que eres agria.
Todo lo que en ti han visto, todo, todo
les da en los ojos y les hiere el alma;
y se marchan aprisa, musitando
mil desdenes, refranes y desgracias.
Tu extrema desnudez los enmudece;
tu bronca sequedad los hiere y mata;
tus cárdenos picachos sin un árbol.
Tus vertientes heridas, desgarradas;
todo tu inmenso cuerpo requemado,
bajo un sol que lo tuesta, que lo abrasa;
todo, todo les hiere y desespera
y de ti para siempre los aparta.
Y ese silencio rígido, absoluto,
sin un rumor de vida los acaba.
Que el frío, que la altura;
que no hay vías de acceso, o que son malas.
Y como colofón también añaden
que es lugar de bandidos y fantasmas.

Eres, oh soledad, cual rosa seca
de espinas en pureza edificada.

Pero, ay, cómo me duelen
sus injustas palabras;

y ese no saber cómo defenderte,
pues parecen tan claras,
sus razones. ¿Razones? sí, razones,
cuando las apariencias sólo cantan.
Cuando el amor no existe;
el amor, sí, el amor
que cala el alma.

Mi amor le declaré con la mirada;
pues palabras mis labios no encontraron.
Sus ojos sin mirarme me miraron;
pero tampoco ella dijo nada.

AMOR SIN PALABRAS

Yo estoy aquí a tu lado; estoy contigo.
Nada te digo, ni me dices nada;
sólo de cuando en cuando se entrecruzan
por un camino largo las miradas.
Conozco esa tu pura desnudez;
conozco esa tu piel hecha de llagas;
tus cien brazos sin manos,
que cual muñones a los cielos alzas.
conozco tu valor y tu braveza
en este fiero campo de batalla.

Conozco, sí, conozco... ¿Quién cual yo
conoce esa tu carne ensangrentada?
y yo sé que eres triste;
pero sé que eres fuerte, que eres santa.

Yo estoy aquí, a tu lado; estoy contigo.
Nada me dices ni te digo nada;
mas tú bien sabes que yo a ti te amo,
y yo sé que me amas.

¡Oh, el amor puro, el amor sincero!
el amor que se dice sin palabras.

Largo tiempo quedéme junto a ella
contemplando en silencio su dolor;
y empezó a parecerme hermosa, bella,
circundada en un claro resplandor,
cual si dentro tuviera alguna estrella.

TRANSPARENCIA

Sobre el potro extendida,
con grillos irrompibles amarrada,
estás ha tantos siglos fija, inmóvil,
sin el pequeño alivio de mudanza.
El frío de la noche con sus filos
todita te aterece y te traspasa;
el sol de mediodía te requema
y con su dardo ardiente abre tus llagas.
Y tú, impasible muda, inquebrantable
estás sin proferir una palabra.
Mas de pronto un difuso resplandor
irrumpe del calor de tus entrañas;
calor de mediodía, reverbero
que en ondas se difunde y se propaga;
y quedas toda hermosa, como virgen,
de un halo de dulzura circundada;
manto tejido en oro, estremecido,
atmósfera callada;
transparencia de lirios martiriales
que todo lo perfuman y embalsaman;
azul serenidad de velo tenue
que rodea tu valles y montañas.

PAJARO DE CARNE

En mi nido de pajas
yo estaba en la mañana
tiritando de frío
en mi pequeño nido.
En mi nido de pajas
sin plumas y sin alas,
pájaro recién nacido.
Como era carne sola,
sólo la carne amaba
y abría enorme, el pico.

Mas ya la luz del alba
mis pajas invadía
en apretados círculos;
y ya la luz del sol
en mis ojos me daba
deslumbrante en rocío.
Como pequeña hoguera
la carne se inflamaba;
unos negros puntitos
anunciaban las alas.
Empezaba a nacer en tus entrañas.

EL TORO DE LA NOCHE

El toro de la noche
aun blande retador sus negras astas.
Ya está también el viento
en medio de la plaza,
con su traje de luces, sus espuelas
y su agudo rejón, sobre la jaca.
De las nubes, capote; banderillas
hace de las estrellas que se apagan;
y hace estoque del sol, con que de un tajo,
sobre un charco de sangre, al toro acaba.

II

Hallé a mi soledad cual dolorosa
en agudos puñales traspasada;
eran banderilleros las estrellas
y los rojos luceros con sus lanzas
abrían los ijares, despiadados,
y la sangre manaba.
Unos furiosos vientos, arrastrando,
su cuerpo al matadero transportaban.
Hallé a mi soledad pálida y fría,
como piel extendida sobre estacas.

Era la media noche. Un ruiseñor
desgranaba su ardiente melodía.
Era la media noche. Nuestro amor
como un lirio de fuego florecía.

LA LUZ CADA MAÑANA

La luz cada mañana
te engendra para mí, para mis ojos.
Mis ojos en descanso, renovados
en las aguas profundas de los pozos
del sueño, cada día hacia ti vuelven
de tus nuevas caricias codiciosos.

Con gozos maternales la alma luz
está alumbrando todos tus contornos;
los picachos, primero, uno por uno
las laderas después hasta su fondo;
por fin el río, abajo en la hondanada,
que lanza, al tropezar, tristes sollozos.

Ya toda renovada, refulgente,
la luz te entrega a mí, con amorosos
brazos, sonriente y algo sonrojada
de parto tan feliz y prodigioso.

¿No será bueno y justo darle gracias,
pues nos hace el milagro un día tras otro?

LA ALONDRA

Oh de mi soledad, inmensidades;
oh brisas tenues y rizadas auras,
que venís cabalgando alados cisnes
blancos y puros como la mañana;
¿No habéis oído el delirante arpegio,
el canto de la alondra enamorada?
Prendida en el azul,
extendidas sus alas,
extasiados los ojos,
la mañana y la tarde canta y canta.
Y sus notas cual lluvia de armonías
cayendo van sobre la azul montaña,
sobre los cerros agrios,
sobre las lomas pardas,
sobre todo ese cuerpo desgarrado
de mi triste adorada.

Y lo van envolviendo en su dulzura,
como un colirio que acaricia y sana.

Y cuando amanecía
descorrió por completo el negro velo.
Toda manando luz resplandecía,
pero ya no era tierra, ya era cielo.

YA ERA CIELO

Pero para tu gloria,
mi triste soledad sólo te basta
una cosa, tu cielo,
esa bóveda azul de tus montañas.
En él los ojos recrea y apacienta
con su hermosura siempre renovada.
El con su paz serena
de nuestras ambiciones la voz calla,
y con sus mil luceros
despierta los anhelos de las almas.

El es la azul bahía,
donde tiemblan ancladas
las blancas navecillas de mis sueños
que cada noche zarpan
mar adentro, a la pesca de la perla
de la azul esperanza.
No hay lagos tan risueños
como los tuyos, bóveda azulada,
lagos espejeantes
con peces de colores que son llamas.

Oh, sí, mi soledad, para tu gloria
sólo tu cielo basta;
este vergel florido de tus noches,
esta magnolia azul de tus montañas.

El que gozarlo sabe
ya nada más desea, nada, nada;
solamente asomarse
y contemplar lo que tras él aguarda.

La mañana era azul, el aire quieto;
la mar dormida en calma.
En la nave del sueño, alma con alma,
pues iba a revelarme el gran secreto.

EN SOLEDAD PERDIDA

Recuerdo... allá en la mar,
la frágil navecilla;
sobre las olas, sola;
sobre la mar dormida.
Temblorosas espumas
levantaba la quilla;
el cielo estaba azul
y la mañana limpia.
Una profunda paz
de los cielos caía,
de los cielos dormidos
sobre la mar dormida.
Sola sobre las olas
la frágil navecilla
temblando se alejaba
hacia las lejanías.

El sueño era profundo
y en el sueño veía
muchos puntitos blancos,
millares de barquillas,
que alegres y confiadas
seguían a la mía.

Desperté. Con mis ojos
busqué la navecilla,

y la encontré muy lejos,
en la niebla perdida.
Recuerdo, allá en la mar,
la memoria es muy viva.
Hoy otra vez te encuentro,
oh mi pobre barquilla,
sobre olas de montañas,
soñando lejanías.
Hoy otra vez te encuentro
sobre la mar dormida,
sola sobre las olas,
en soledad perdida.

Bogando en la alta mar
sorprendió la galerna nuestra quilla;
tras breve batallar
hundióse la barquilla,
viniendo sin remedio a naufragar.

NAUFRAGO EN ALTA MAR

Tiene rumor azul de caracolas;
tiene el blando crujir de las espumas;
tiene el halago fresco de las brumas;
tiene el ímpetu ciego de las olas.

Mi soledad, de nieve y amapolas,
que hielo con calor restas y sumas,
el alma con espinas y con plumas
arrebatas y al viento la tremolas.

Náufrago en este mar de soledades,
me envuelven tus calladas tempestades
y me engullen tus ciegos torbellinos.

Mas ya, cuando perdido me creía,
arribo, yo no sé por qué caminos,
al claro puerto de tu azul bahía.

En la playa desierta,
cuando arribé, tendida
estaba, tan dormida
cual si estuviera muerta.

EL SILENCIO

¡Qué sueño angelical el de mi sierra,
cobijada del cielo por la talma.
Qué azul serenidad, qué augusta calma,
que se exhalan del cielo y de la tierra!

El profundo silencio al suelo aferra
sus raíces, y erígese cual palma,
que sus ramas extiende sobre el alma,
y por mi soledad vagando yerra.

Un vaho de volutas azulinas
se extiende por quebradas y colinas
y en su blando sopor las va envolviendo.

El más leve rumor desaparece;
y todo finalmente se adormece;
sólo el silencio azul sigue creciendo.

Extendíme en su lecho mortuorio,
juntos cuerpo con cuerpo, alma con alma,
y fue el eterno azul, la eterna calma
el anillo de nuestro desposorio.

VIVO LATIR DE DIOS NOS GOTEABA

Gerardo Diego

Eres, oh soledad, playa amarilla,
que te aduermes al son de la mar plena.
Ancho mar de silencio, agua serena,
que espejea sin fondo y sin orilla.

A tu lado tendida, pobrecilla,
confundida en los granos de tu arena,
traspasada de sol, mi alma morena,
embriagada de luz, apenas brilla.

La ola sube y sube, rumorea;
y sube sin cesar la alta marea,
hasta cubrir los cerros y montañas.

En sus vientres azules, ay, perdida
se ha quedado mi alma, estremecida,
con espuma de Dios en las entrañas.

II

Primero fue el martirio, un campo abierto
para seguir al gran Crucificado;
luego, las privaciones del desierto
para seguir muriendo enamorado.

LOS HEROES DEL DESIERTO

Los héroes del desierto vagan, bogan
hacia los mares de la soledad;
llevan en su cerebro un gran anhelo
que los atrae como piedra imán.
¿Qué buscan, si el desierto nada tiene;
y si es el más inhóspito lugar?
buscan silencio, soledad, retiro,
una sombra, una vacua realidad,
buscan la muerte sobre roja arena,
el martirio que huyó y no volvió más.
Buscan la lucha contra el enemigo,
derrotar para siempre al gran Satán.
Buscan olvidar todo, el mundo necio;
buscan un alma limpia, un mar de paz.
¡Oh, la voz del desierto majestuoso!
¡Oh, la voz de la docta soledad!

MOISES, EL LIBERTADOR

Egipto era la espuerta — el trabajo forzado;
el capataz cruel — el restallante látigo.
Egipto era la muerte — del que nacía esclavo.
Moisés era pastor. — Siguiendo su rebaño
se internó en el desierto — hasta el Horeb sagrado.
En el hondo silencio, — una voz de lo alto:
Moisés, Moisés; — tu pueblo está llorando;
¿No te duele el martirio — de tus pobres hermanos?
La zarza seguía ardiendo — en patente milagro.
Moisés se descalzó — alzó al cielo sus manos,
y respondió; Señor; — dime tu nombre santo;
y si tú me lo mandas — volveré a mis hermanos.
El desierto aplaudió. — Fueron cuarenta años
de interminable lucha — entre Yahvéh y el diablo.

ELIAS, EL PROFETA

"El celo de tu casa me devora,"
y degüella, impasible, a los profetas
de Baal, indefensos, cual carneros;
total de cuatrocientos y cincuenta.
Después huye al desierto, alucinado;
tal vez a platicar con su conciencia.
cuarenta días camina hasta el Horeb,
a la montaña, donde Dios lo espera.
Dios le dice, si quieres ver mi rostro,
escóndete en el fondo de la cueva.
La lección es muy clara, Dios maniobra
suscitando una horrísona tormenta,
un huracán que arrasa con los árboles
y hace volar las peñas.
mas Dios no estaba allí. luego un temblor
que revuelve la entraña de la tierra.
Tampoco Dios está en el terremoto;
luego acaece una voraz hoguera,
llamarada ruidosa, trepidante;
pero Yahvéh tampoco estaba en ella.
Por fin pasa un susurro imperceptible,
suave como la seda.
en él estaba Dios, tres veces santo,
hecho todo de amor y de paciencia.
El celo del profeta era laudable;
pero celo sin sangre, sin violencia.
Qué grande eres, Elías.
El desierto es refugio y es escuela.

JUAN BAUTISTA, EL PRECURSOR

El hombre del desierto desde niño;
el hombre del desierto todo entero;
el hombre del desierto desde siempre,
de arriba a abajo y de fuera a adentro;
todo él hecho de arena y de raíces,
hecho de ardiente sol y fuerte viento.
Tenía una mirada de profeta,
una voz retumbante como el trueno,
lo mismo que el rujido del león,
pero llena de amor y ardiente celo.
Convertíos, decía, pues ya llega
el anhelado, el prometido reino;
enderecen, allanen sus caminos,
pues ya viene el Cordero,
el cordero que borra los pecados,
porque es hijo de Dios, divino Verbo.
Y después de anunciada su venida
con su voz de vidente pregonero,
Juan continúa su vida como siempre,
como siempre viviendo en el desierto.
Y el mismo Cristo nos dejó su elogio:
Que no había hombre mayor, que era el primero.

CRISTO

Hablar de Cristo casi es un pecado,
pues nadie lo conoce sino el Padre.
Pero también fue un hombre de desierto,
como nos lo asegura quien lo sabe.
Cuarenta días y cuarenta noches,
sin comer, sin dormir; entre animales
convivió en el más rígido silencio
comunicando sólo con el Padre.
Así se preparó para su obra,
entre todas las obras la más grande;
más que crear los mundos infinitos,
pues su vida costó y toda su sangre.
Cuarenta días y cuarenta noches,
llenándose de fuerza y de coraje
para enfrentar al diablo y al pecado
y a todos los poderes infernales;
para vencer la muerte con su muerte
y cambiarla en resurrección triunfante.
Cristo fue enamorado del silencio,
pues en medio de él como hombre nace,
oculto en Nazareth treinta años vive,
y en su huerto de olivos suda sangre;
muchas noches pasaba en oración,
en la noche cuando el silencio es grande.
Cristo es el hombre, el ideal maestro;
su ejemplo ayer y hoy y siempre vale.

Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.
(Fr. Luis de León)

EN BUSCA DE LA SABIDURIA

1. Qué descansada vida.

Subiendo por los cerros,
en idas y venidas,
mañana tras mañana,
un día y otro día,
comencé a preguntarme
si no era esta la vida,
la vida verdadera
clara, profunda, limpia.
Mis ojos se posaban
en la azul serranía
y todo alrededor
deleitaba mi vista.
Mis oídos, rumores
suaves como la brisa,
rumores del silencio
apenas percibían.
Mi cuerpo todo entero
una paz invadía
y lo iba envolviendo
cual tibia nubecilla.
Mi mente sosegada,
por la luz dirigida,
seguía tras la huella

de la verdad divina.
Era un gran espectáculo,
como una bella cinta;
era una cosa nueva
llena de maravillas.
Veía fluir el tiempo,
y en el tiempo, la vida,
sin torpes ambiciones,
como un agua tranquila.
Y me vino a los labios,
apenas sin sentirla,
aquella hermosa copla:
Qué descansada vida.

2. La del que huye del mundanal ruido

Hoy el ruido está canonizado.
y maldito el silencio,
como un alcohólico, como un drogadicto,
que precisa su alcohol, su veneno.
Hoy el hombre no vive normal,
es un pobre enfermo.
Aún no ha amanecido,
aun se mira el matinal lucero,
y ya el ruido ha salido a las calles,
como un toro fiero.
Los faroles se apagan del susto
y la luna se va de los cielos.
El tropel de los ruidos irrumpe
como un gran ejército
y despliega sonando trompetas,
clarines y cuernos.
Ruido por la tierra,
ruido por los cielos,
como inundación de agua incontenible,
repleta de cieno.
Hombres y mujeres,
como un hormiguero,
van de prisa hacia todos los puntos,
en cómplice y oscuro silencio.
Los oídos se atrofian, se aturden,
se atrofia el cerebro.
Hay temores de males difusos,
imprecisos miedos;
se acumulan enormes tensiones;
se rompen los nervios.

Mundo loco, desequilibrado;
rocanrol de beodos histéricos.

3. La escondida senda

Esconderse, ocultarse,
es un juego de niños.
La inocencia se esconde
Huyendo del peligro.
Qué bien se guarda solo
el tesoro escondido.
La humilde violeta
está junto al camino;
pero nadie la toca,
porque nadie la ha visto.
En la senda escondida
está intacto el rocío;
nadie quiebra su encanto,
nadie roba su brillo.
En la senda escondida
pone el pájaro el nido,
porque nadie lo turba
cuando ensaya su trino.

En la senda escondida
el amor se ha perdido;
oh feliz perdición,
cuando nadie lo ha visto.
Oh la senda escondida,
que va hacia el infinito;
y que nadie la turba,
porque está en lo escondido.
Feliz el que se pierde
en el amor divino.

4. Los pocos sabios, que en el mundo han sido

¿Es hombre o es mujer
esa noble figura,
que cruza por la mente
como una reina augusta?
Es la sabiduría,
palabra que conjuga
lo divino y lo humano,
a Dios y a la creatura.
En Dios es como el sol;
en el hombre, la luna.
Fue la sabiduría
quien diseñó la hechura,
las leyes y los límites
de cuanto nos circunda;
variedad infinita,
de una célula única.
Intuir esas leyes;
consonar la conducta;
es la sabiduría:
madurez y cordura.
Perla tan peregrina
que para encontra una
hay que bucear el mar
de la una a la otra punta.
En la paz y el silencio;
en la vida profunda;
en la contemplación
de la madre Natura,
está el hondo secreto
de esa princesa augusta.

Como el águila real,
tiende siempre a la altura;
siempre de cara al sol,
que sus ojos deslumbra.

MISTICA

Subida al monte Carmelo.

El gran profeta Elías
construyó su chocita en el Carmelo.
Pasaba allí los días,
muy cerquita del cielo,
quemándose en la llama de su celo.
La subida era dura:
el sendero era angosto y muy quebrado;
muy lejana la altura,
en pleno despoblado,
enemigos sin fin de lado y lado.
Grande la penitencia;
continua la oración, la disciplina;
ayuno y abstinencia,
sin una luz divina
que despejara un poco la neblina.
El cuerpo se quejaba,
exhalando gemidos lastimeros,
pero él más lo acosaba
con látigos tan fieros
que hacía desmayar a los luceros.
Y, cuando ya rendido,
por el suelo caía sin aliento,
sólo se oía un rugido,
el escarnio del viento,
que pedía acrecer el escarmiento.

Esta es la gran subida
a la cima nevada del Carmelo,
donde se halla la vida,
donde habita el consuelo,
y una esperanza cierta de ir al cielo.

NOCHE OSCURA

El cuerpo amortiguado
por la gran penitencia del sentido,
el trabajo es doblado
por lo desconocido,
y que todo sucede en lo escondido.
La mente se oscurece,
la voluntad se aduerme y se desgana;
el ánimo decrece;
y aunque el alma se afana
toda su ardua labor se le hace vana.
Y más se va sumiendo
en un túnel oscuro, sin salida;
y más se va perdiendo
en la senda emprendida;
y más le va doliendo aquella herida.
La oración se le amarga,
sin respuesta de arriba, sin sentido;
cada hora se hace larga;
y algo desconocido
viene a desbaratar lo ya adquirido.
El diablo se entromete,
sembrando aquí y allá tribulaciones;
pone al alma en un brete
con sucias vejaciones,
hasta poner en duda sus perdones.
Pobre alma desolada,
¿a quién acudirá en su desventura?
Se siente abandonada
de Dios, de la creatura;
y todo es sufrimiento y amargura.

Sólo una lucecilla
que brilla en su interior, intermitente,
sostiene la barquilla
contra toda corriente
y la mantiene fija en el Oriente.

EL CANTICO

Llegó la primavera
hasta mi soledad, la bienamada.
La triste paramera
su túnica floreada
se viste toda alegre y perfumada.
La brisa llega ansiosa
con un silbo sutil, entrecortado:
"Prepárate, oh esposa,
que ya viene el amado,
de todas sus grandezas escoltado".
Viene por los alcores,
con vuelo sosegado de paloma;
encendiendo rubores
ya en el otero asoma
y brincando desciende por la loma.

Por fin llegó el esposo,
el tanto y tanto tiempo deseado.
El alma entra en reposo,
sentándose a su lado,
dejando para siempre su cuidado.
Su presencia la embriaga
y más perdidamente la enamora;
y pide que se haga
eterna aquella hora
más tierna que el rocío de la aurora.
El esposo la mira
y se inclina hacia ella dulcemente;

en desmayo, suspira,
besándolo en la frente,
todo en silencio puro, transparente.
Un río de delicias
recorre su ser todo y lo embeoda;
la cubre de caricias,
la purifica toda,
como preparación para la boda.
En tono muy discreto
le habla del amor purificado.
Este es el gran secreto,
en la cruz del amado
morir a todo amor que esté vedado.
El alma bien lo entiende
y al instante se abraza con sus cruces;
de todo se desprende
de consuelos, de luces,
y a los pies del Amado cae de bruces.
Este es el gran encuentro
que jamás va a olvidar en adelante.
Este será su centro,
este el eterno instante
que unirá para siempre Amado-amante.

LLAMA DE AMOR VIVA

La leña se ha hecho brasa;
el fuego ya no arde;
es puro resplandor, es brasa pura.
El alma se acompasa,
al caer de la tarde,
gozando del Amado la ternura.
Es la perfecta unión.
El hierro con el hierro
en una misma cosa se han fundido.
En esa comunión
el dolor del destierro
en el perfecto amor se ha derretido.
Estamos en la puerta,
al final de la vida
cuando el alma se arrastra por el suelo;
la puerta está entreabierta;
se acaba la subida,
y llega ya un olor como de cielo.
Mientras termina el día,
y la noche se extiende
alumbrada con miles de centellas,
nos quema la alegría,
que el corazón no entiende,
porque está más allá de las estrellas.
Mas, cuando haya entrado
a la augusta presencia,
despojada del paso del sentido;
será su nuevo estado
de tanta trasparencia
como nunca haya visto ni oído.

III

¡Alégrate, oh árbol seco!
Olvida tu antigua pena.
Una riente colmena
habita tu tronco seco.

Todavía ha florecido
un ramito de verdores;
en él han puesto su nido
un bando de ruiseñores.

Quien esto comprendiere
sabrá lo que es la dicha verdadera.
Quien la vida perdiere
la hallará en tal manera,
que mil veces a la otra la prefiera.

OH SOLEDAD BENDITA

Oh soledad bendita
sobre eternas columnas encumbrada,
mi suerte estaba escrita,
que tú eras para mí la bienamada.
Ahora sé lo que tienes,
y nunca en mi pobreza había soñado,
los infinitos bienes
que tu muda elocuencia me ha mostrado.
Tienes un aire puro,
que llenando el pulmón lo regenera;
un torreón seguro
para una vida sana, placentera.
Y tienes para el alma
una serenidad inmensa, pura,
una perfecta calma
y un camino trillado hacia la altura.
Torres de luz secreta,
donde mora la gran sabiduría;
donde el anacoreta
practica su ejercicio noche y día.
Tienes para pensar
el libro abierto de tus soledades;
tienes para soñar
cimas y abismos como eternidades.

Aquí es el monte Moria,
donde Abraham a su hijo sacrifica;
la vía expiatoria,
donde la fe se prueba y purifica.
Aquí la zarza crece,
que arde sin consumirse en viva llama,
cuando Dios se aparece
a Moisés y a su misión lo llama.
Aquí la Noche Oscura;
aquí el Monte Carmelo,
la tremenda locura
que al gran Elías quema en puro celo.
Aquí la llama viva
que arde a la media noche ya sin pena;
el alma se cautiva
oyendo la canción de filomena.
El adobado vino,
que deleitando embriaga,
y hace que en el divino
querer el alma toda se deshaga.
Aquí escondido, en fin, está el Amado,
esperando a que el alma lo despierte;
y cuando lo ha encontrado,
es el paso a la vida por la muerte.

NIDO Y COLMENA

Serena, noble, sencilla
eleva su cuadratura;
y es un copo de blancura
sobre la tierra amarilla.
Cubre sus muros iguales
una piel rosada, lisa;
abre su franca sonrisa
de innúmeros ventanales.
En la serranía salvaje
álzase serena, sola;
como una blanca corola
en que florece el paisaje.
De luz ciñe sutil veste,
de tierra pardo sayal;
la bóveda azul celeste
es su corona real.
Cuando bajes, peregrino,
del helado Almorzadero,
la verás como un lucero
enfrente de tu camino.
Y su interior ¿qué misterio
nos oculta, receloso?
Corazón de monasterio,
su interior es el reposo.
Puerto edificado en calma
contra el mundanal bullicio;
ambiente sólo propicio
para la vida del alma.

Prolongadas galerías,
cauces del místico anhelo,
cenitales celosías
hacia las luces del cielo.
Para el cuerpo, penitencias
y para el alma oraciones;
penden divinas sentencias
de sus gruesos paredones.
Torre de ascetas guerreros,
que en la muerte hallan victoria;
hospedaje de romeros,
que caminan a la gloria.
Bajo la noche estelar,
¿no oís su íntimo rumor?
Cómo brilla el colmenar,
lleno de luz interior.

MAITINES DE LOS PAJAROS

En torres de sombra, el viento
tañe su alegre campana;
antes que abra la mañana
ya está en pie todo el convento.
La luz en su alborear
despierta el dormido suelo;
van llegando en raudo vuelo
los pájaros a cantar.
Los primeros han llegado
los vivos cucaracheros,
y forman a lado y lado,
para hacer de antifoneros.
Ya los gualdos gonzalitos,
los encendidos turpiales;
quédanse muy formalitos
ocupando sus sitiales.
Los caretos y los ciotes,
y los plumados copetes;
éstos luciendo bonetes,
aquéllos sus capirotes.
Ya toda la demás tropa
con su instrumento sonoro
apréstase en la alta copa
a tomar parte en el coro.
Todos con sus capellines
en su verde facistol,
aprisa cantan maitines
antes de que salga el sol.

INVITATORIO

A Dios, nuestro Creador,
alcemos nuestro loor.

Venid, avecillas,
con plácidos vuelos;
al rey de los cielos
alzad el loor;
venid las crestadas;
venid las sencillas;
venid, avecillas;
cantad al Señor.
Venid las que en vuelo
bajáis de los montes,
cruzando horizontes
de luz matinal;
venid las caseras
que en gráciles arcos
de ríos y charcos
rozáis el cristal.
Venid las lacustres,
fluviales, marinas,
diurnas, vespertinas,
load al Señor.
El hizo los cielos,
la tierra, los mares,
los altos pinares
de blando rumor.

El sembró los mundos
de mil maravillas.
Venid, avecillas,
load al Señor.
A dios, nuestro Creador,
alcemos nuestro loor.

SALMO 1

Dichoso es el pajarillo,
que nació en cimera rama,
y fue columpio su rama
mecido a todo placer;
conoció el soñado idilio
de un fiel, amoroso padre,
y de una adorada madre,
que le dieron de comer.

El creció fuerte y alegre
en su casita de encaje,
hasta que vió su plumaje
pintado en vivo matiz.
Tuvo hermanos, tuvo amigos,
bellos juegos infantiles,
devaneos juveniles;
sin saberlo, fue feliz.

El gozó fresca ribera,
él gozó templado cielo,
él ejercitó su vuelo
en el valle y el alcor;
hoy en dulce compañía
ha fabricado otro nido
y vuela, su pecho herido,
por otro divino amor.

SALMO 2

Cuán dulce es la soledad;
cuán seguro su regazo.
Aquí no hay oculto lazo,
que nos venga a amenazar.
Doquiera se alza la vista,
a nuestro tendido vuelo,
se abre el anchuroso cielo
para volar y volar.

Para fabricar los nidos
tenemos blandas pajitas,
en el aire, las mosquitas
nos ofrecen de comer.
Todo nos lo da el Señor,
todo con pródiga mano,
juntos tenemos el grano
y el agua para beber.

La soledad solicita
nuestra canora garganta;
alegre el pájaro canta
su amor y su libertad.
En la tarde sosegada
y en la mañana serena
toda la sierra resuena
con nuestra sonoridad.

SALMO 3

Ama la pintada flor
la tierra donde naciera,
ama la savia primera
que alimentó su raíz.
Ama el tierno pajarillo
el monte donde ha nacido
y en torno a su primer nido
vuela seguro y feliz.

Mas para ser misionero
hay que traspasar los montes,
buscando otros horizontes
donde expandir su cantar;
tener grande corazón;
tener grandes ambiciones;
sentir todas las naciones
como si fueran su hogar;
ser ciudadano del mundo;
buscar al necesitado;
saber estar a su lado,
hasta la vida perder;
sabiendo que el que la pierde,
ese es el que la gana
en un hermoso mañana,
en un nuevo amanecer.

LECTURA-MEDITACION

1

Todavía está extendida
aquella divina mano
con sus dedos poderosos
que cielo y tierra crearon.
Todavía hay un temblor
en su palma y en su tarso,
un temblor de fuente viva
agua de seres manando.
Hizo primero la luz;
luego el cielo con su manto;
en él millones de soles
que danzan por los espacios;
hizo la pequeña tierra
con sus ríos y sus lagos. . .
Pero algo le falta aún,
pues que aun le tiembla la mano.

El quinto día las aguas
se llenaron de relámpagos,
bajeles con alma y vida
azules rutas cruzando.
El quinto día la tierra
sintió los primeros pasos,
aullidos de bestias fieras
y relinchos de caballos.
El quinto día los aires
vieron volar a los pájaros.

2

Qué generoso fue Dios
con los pájaros. Qué tierno.
Cuando los vino a crear
ya les tenía dispuestos
granos para su comida,
espacios para su vuelo.
Los dotó de alas ligeras
y de un adaptado cuerpo
para volar y volar
sin cansancio y sin esfuerzo:
Flotante quilla de seda,
con dos alígeros remos
para remontar la altura
siguiendo rutas de vientos.
Otorgoles blandas plumas
para abrigo y ornamento,
y dioles en posesión
aire, tierra, mar y cielo.
Afinó sus lindas bocas
y escondió en sus puros pechos
una encantada siringa
que alegrara el universo.

3. (Mt. 6; 25)

Al rey de la creación
diole Dios ley del trabajo,
que abajara su cerviz
y encalleciera sus manos;
dióle para su ayuda
el manso buey y al caballo.
Mas al tierno pajarillo
le dio la ley de su canto.
El por su mano le teje
vestido de seda y raso;
El se lo ajusta y lo pinta
de mil colores variados;
le proporciona comida:
bayas, mosquitos y granos,
permitiéndole que tome
cuanto esté sobre los campos.
Pero le dio ley estricta:
que volara sin descanso
y que todo lo alegrara
con su melífluo canto:
panal hecho de rocío
y de viento perfumado,
de rumores del boscaje,
de azul de cielo y de lago.
Y el pajarillo obediente,
su flauta de pluma hinchando,
se deshace en armonías
entre las ramas del árbol.
Y al hombre que un poco triste
suda en su rudo trabajo
se le alegra el corazón
y se le suben los ánimos.

FABRICANDO LA MIEL

Velando están los luceros
el sueño de mi colmena;
el viento chifla en la almena,
vigilando los oteros.
Su pomo de claridad
rompe sonriente la aurora
y una alegría sonora
perturba la soledad.
Mil abejitas volando
cruzan con leve zumbido;
el huerto apenas florido
de abejas se va llenando.
Con ronroneo sonoro
se posan sobre las flores,
las cubren con mil pudores
y les roban su tesoro.
Es un rítmico danzar
entre el azul y las rosas,
como un baile de azahar
de abejitas afanosas.
Y se alejan por el cielo
bajo la carga rendidas;
en haces de luz prendidas
soñando un pausado vuelo.
Sueñan panales dorados
de blanda cera amarilla,
sueñan la miel que ya brilla
en sus ojos entornados.

Sueñan el futuro enjambre
como un oscuro placer,
y corre todo su ser
como un divino calambre.

Colmena de soledad,
mi colmena verdadera;
labra de ciencia la cera
y la miel de santidad.

APRENDIENDO LATIN

Rosa, rosae; liber, libri;
latín, una lengua muerta;
pero que todavía hay muchos
que la aprenden y la enseñan.
Lengua de sabios y clérigos;
lengua oficial de la Iglesia.
Las abejitas se posan
sobre sus flores ya secas;
pero logran que se abran,
y que se llenen de esencia.
Le dedican mucho tiempo,
días y noches enteras,
hasta que al fin se lo aprenden,
y entonces felices vuelan;
vuelan recitando versos
de las deliciosas églogas
de Virgilio, el poeta virgen,
que escribió también la Eneida.
El latín, oh qué dulzura;
qué música tan perfecta.
Latín, la lengua imperial
de Roma y de Europa entera.
Y es la raíz y la madre
de muchas lenguas modernas;
de francés, del italiano;
de la España vieja y nueva.
Mis pajarillos ya cantan
gregoriano en esa lengua.

TREPANDO POR LOS CERROS

Es día de paseo.
Mis lindos pajarillos
andan alborotados
soñando mil caminos.
Ya están sobre los campos,
entrenando sus bríos,
respirando aire puro
y aroma de tomillo.
Comienza la subida
sobre los cerros limpios,
sin otras precauciones,
pues que todo es camino.
Subir, siempre subir,
como un bello delirio;
crear alas de águila
para ir al infinito.
Y ya desde la altura,
volar sobre los riscos
de estos Andes gloriosos,
y sobre sus abismos.
Sentir esta grandeza;
este cielo tan limpio;
este horizonte ilímite;
este sol, este brillo.
Aquí todo es pureza;
aquí todo es espíritu.
Y luego, la bajada,
más llena de peligros,
porque volver atrás
es enredar el hilo.

Pero en eso no piensan
mis pobres pajarillos,
que resbalan, gozosos,
sobre esquíes fingidos.
Otra vez a casita;
otra vez a lo mismo.
Más, habiendo ilusión,
siempre hay algo distinto.

EL RONRONEO DE LAS ABEJAS

La oración

Hay hombres orgullosos
que nada necesitan.
Pedir es rebajarse;
robar es valentía.
El labrador trabaja
y siembra su semilla;
y luego mira al cielo,
que Dios se la bendiga,
que no le falte el sol,
la lluvia y el buen clima.

En mi alegre colmena
se reza todo el día.
Qué dulce el ronroneo
de la tierna abejita.
Se reza al despertar;
antes de la comida;
cuando hay una desgracia;
cuando hay una alegría.
Las manos se levantan
y el corazón respira.
Saber que no estás solo:
por abajo y arriba
hay alguien que te ama,
hay alguien que te cuida.
Vivir en desamparo
es una triste vida.

La fe es maravillosa,
te llena de alegría,
como un cielo estrellado
en una noche tibia.
Tenemos a Jesús;
tenemos a María;
tenemos al gran Dios,
que todo lo ilumina.

Orar es convivir;
es crear jeraquía;
es abrir horizontes
hacia una eterna dicha.

SER MISIONERO

Sus pies caminan en el día,
—huella sutil de polvo blanco—;
sus pies caminan en la noche
por el camino de Santiago;
sus pies caminan siempre, siempre
a un bello sueño que ha soñado,
como las quillas que entre espumas
perlas perdidas van buscando.
Sus pies caminan en el día
sobre las flores y los prados;
sus pies caminan en la noche
por entre espinas y barrancos;
sus pies caminan siempre, siempre,
porque un enfermo está esperando;
en una choza solitaria
se muere solo, sin amparo.
Sus pies caminan siempre, siempre,
porque son tantos; ay, son tantos.
Y se oye lejos la letrilla,
como en un bíblico sembrado;
"Oh hermosos pies sobre los montes
del que trae paz sobre sus labios."

Llegó la noche; eterna noche.
Oh hermosos pies amortajados;
miles de estrellas se hacen polvo
sobre el camino de Santiago.

GOZOS Y DOLORES DEL RIO

1. Gozos

Oyendo las greguerías
de tu cristal indiscreto,
escuché el dulce secreto
de tus francas alegrías.
Oyendo las greguerías,
a la sombra de un abeto.
Al romper la dura peña,
dejas tu cárcel oscura;
al gozar del aura pura,
tu corazón ríe y sueña.
Al romper la dura peña,
tu corazón se apresura.
Ya cantas tus libertades
con voz alegre, sonora;
y ves que la rubia aurora
se baña en tus claridades.
Ya cantas tus libertades,
y tu pecho se enamora.
Te mira el cielo y su tul
te tiñe con sus colores;
te ve la tierra y sus flores
se deslíen en tu azul.
Te mira el cielo y su tul
te llena de resplandores.
Ya viene la mariposa;
ya viene la golondrina;
en tu linfa cristalina
la golondrina se posa.

Ya viene la mariposa
y a beber en ti se inclina.
Saltando de piedra, en piedra
tejes puntillas nevadas;
te cuelgas de las cascadas
como una florida hiedra.
Saltando de piedra en piedra,
te ríes a carcajadas.
Cuando cruzas el molino,
montando brioso corcel,
suenas tu azul cascabel
lleno de estruendo marino.
Cuando cruzas el molino
hueles a harina y a miel.
En tu fondo hay una estrella
en tu labio, una canción,
la canción es triste y bella,
y la estrella es un ladrón.
En tu fondo hay una estrella
que me roba el corazón.

II. DOLORES

Jugando con las arenas
de tu cristal indiscreto,
escuché un triste secreto,
el secreto de tus penas.
Jugando con tus arenas
a la sombra de un loqueto.
Naciste en unos breñales,
lanzando débil vagido
y no tuviste pañales
para tu cuerpo aterido.
Naciste en unos breñales
pobre, triste y desvalido.
Apenas un poco medras
te llega el triste destino,
habrás de ser peregrino
por un camino de piedras.
Apenas un poco medras,
por un amargo camino.
Y sobre los cantos rudos,
tus pies tiernos, delicados,
oh, cómo irán de llagados
tus piesesitos desnudos.
Y sobre los cantos rudos
por las quiebras y los vados.
Cuando llegas a la ermita,
donde la trucha desova,
al ver a la niña boba,
tu voz azorada grita.
Cuando llegas a la ermita,
porque la niña te roba.

Del día te quema el sol;
de noche te hiela el frío;
eres, oh mi amado río,
más pobre que un caracol.
De día te quema el sol,
y no tienes ni un bohío.
Y, cuando quiere la suerte
poner fin a tu penar,
te vienes, río, a encontrar
en los brazos de la muerte.
Y, cuando quiere la suerte,
te devora el ancho mar.

EL FRAILEJON (espeletia grandiflora)

Hábito de franciscano;
capucha de capuchino;
pie descalzo sobre tierra;
barbas de viento y de frío.
Cuando subas estos montes,
ya cercano de sus riscos,
donde ya no crece el árbol
y todo es pelado y liso,
hallarás el frailejón
en su casaca metido.
El viento lo está azotando
con sus látigos de vidrio
y él se aguanta y se retuerce
con espasmos de martirio.

Tallo fuerte, correoso;
hojas grisáceas, sin brillo,
enroscadas y ceñidas
como cosidos con hilo,
cubiertas de fina lana
como vellón de merino.
Y lo que nadie creyera,
como riéndose del frío,
con su flor, la grandiflora,
con estambres y pistilo.
Su perfil es desgarbado,
pero siempre recogido.
Penitente solitario
ensimismado y tranquilo,
aguanta el día y la noche,

y todos los desafíos.
Imagen de anacoreta
en el desierto perdido.

Oh frailejón prodigioso,
vigía de aquestos riscos,
vecino de las estrellas
y de lo eterno testigo.

EL ZAMURO (aura)

Tienes nombre y sobrenombre,
como un héroe de leyenda;
de buitre la negra pluma
y de cóndor, la cabeza.
Es tu nido habitación
en inaccesible cresta
sobre las rocas bravías,
entre nubes y entre nieblas.
Allí tus intimidades,
allí tus ternuras celas.
No tiene plumas tu cama;
sobre la desnuda tierra
dos huevos blancos relumbran
bajo el ala de la hembra.
Así te creaste tú,
así tus hijos se crean,
y desde la hora en que nacen
a los rigores se avezan.

Ya sobre los aquilones
extiendes tus alas negras
y te lanzas ardoroso
a conquistar las esferas.
¡Qué majestad en tus alas,
qué agilidad y qué fuerza!
Ya contra el viento acometes;
ya llevarte de él te dejas;
pero siempre sube y sube. . .
Cada instante tu silueta
se va perdiendo a lo lejos;

ya pareces una estrella
que, clavada en el azul
con negra luz parpadea.

Sobre los altos picachos
brama la oscura tormenta.
Sus estallidos aturden
y sus relámpagos ciegan.
Todas las aves, medrosas,
buscan refugio en la selva;
mas tú te ciernes, sereno,
solo en la oscura tiniebla,
brujuleando el granizo
como el guerrero las flechas.

Hoy está la tarde azul,
—hermosa tarde serena—;
nadie tu ímpetu provoca,
y tú por el aire juegas,
trazando rápidos círculos,
haciendo bellas piruetas.
Cómo reclinas tus alas;
cuán diestramente planeas;
ya te aduermes en el aire,
y aun me parece que sueñas,
como en un circo invisible
que los ángeles contemplan.

Desciendes al caserío;
te posas sobre las cercas.
Hasta en las calles y plazas
deambulas, y no recelas
de las gentes, pues ya sabes
que los hombres te respetan,
pues no eres salteador,
sino agente de limpieza.

Y sientes un grande honor
porque el Inca y el Azteca
adornaron con tus plumas
sus penachos y diademas.

Tienes nombre y sobrenombre
como un héroe de leyenda;
y aunque no tienes blasón,
sobre blasones campeas.

LA TIERRA CALIENTE

El aire con dos pistolas
y unas espuelas de acero,
al filo de la mañana,
sale, embozado, del puerto.
Atraviesa Concepción
y llega a Capitanejo.
Ahí mismo lo desarman
y lo dejan medio muerto.
Ahí llega la carretera,
que lo ha venido siguiendo.
Aquí es la tierra caliente,
buen sitio para el tempero.

La gente semidesnuda;
los niños en puros cueros,
chapoteando en el río,
el mismo río del puerto;
pero ahora, sí, calientito,
y manso como un cordero.
Cómo se abren los poros.
Cómo se relaja el cuerpo.
Te meces en una hamaca,
movida por blando céfiro,
y te pones a soñar
en el más divino sueño.
Aquí es la caña de azúcar;
aquí es el mango frambueso;
aquí la acuosa papaya;
aquí el paraíso eterno.

Aquí una vez cada mes
bajan mis pájaros tiernos
a zambullirse en el río,
a gozar del buen tempero.
Sólo cincuenta kilómetros
del terrible Almorzadero.

PAISAJE INVERTIDO

Yo me había olvidado de mí mismo,
con los ojos hundidos en el agua,
contemplando el paisaje solitario
que en su inmóvil cristal se reflejaba.
A la orilla del lago, labio y labio;
una ladera de hierbita lacia;
y tres árboles flacos, retorcidos,
dientes ajados de una boca amarga.
Toda tierra baldía, blanquinosa,
hendida de torrentes y barrancas.
Arriba, muy arriba, —muy abajo—,
inmensas cimas grises, azuladas,
en su sueño de altura, adormecidas,
inmóviles y lacias.
Blanco jirón de niebla,
suspendido en el aire, simulaba
vellocino encantado; y un rayito
de sol prendido había en la más alta.

Y yo, lejos de mí, cual sombra tenue,
con frío de estupor en la mirada,
caminaba sin pasos lentamente,
triste también y blanquinosa el alma.
Me creía vagando por la luna,
entre volcanes de enfriada lava,
en un paraje muerto
de espectrales montañas.

Cuando una racha alígera, asesina,
rompió el cristal del agua,
clavándome los vidrios lacerantes
en las niñas del alma.

Aquella era mi triste soledad,
ahora irreal y toda retratada.

MOTIVOS

El viento

Hay viento en mi soledad.
Mi soledad no está sola;
anda toda alborotada
llena de noticias locas.
El viento llega hasta el árbol,
se acerca y dice a sus hojas
mil cuchicheos sutiles,
y las hojas se alborotan.
El viento va a los caminos;
sobre sus bordes se posa;
dice al polvo no sé qué,
y al punto el polvo se aloca.
El viento llega a la fuente,
sus aguas tranquilas roza,
y las aguas cabrillean
con mil encrespadas ondas.

El cielo se ha encapotado;
los bueyes tuercen la cola
y escarban la negra tierra
con una mirada torva.

El viento va por las quiebras
arrebatando las sombras,
llamando a la rebelión
con su resonante concha.

¿Qué pasará? mil augurios
van y vienen en las sombras.

LA BRISA

La aurora es bella zagala
que sale llena de risa;
con ella viene la brisa,
que patina y se resbala.

Alas tiene de querube;
velo de virgen graciosa;
trae en su mano una rosa
y en su aureola, una nube.

Recorre el campo de prisa
esparciendo olor a algalia;
con su invisible sandalia
apenas la tierra pisa.

Tras la huella de su pie
deja un reguero de añil;
pero es tan fina y sutil
que pasa y no se la ve.

En los árboles del río
hace estremecer la hoja;
y su sandalia se moja
en las gotas de rocío.

Se trepa por los alcores
con sus manecitas suaves;
hace que canten las aves
y que se abran las flores.

Se lava en la clara fuente;
destiñe sus labios rojos;
y pasa por los rastrojos
para besarme en la frente.

Dulce brisa; en tu regazo,
de virginal castidad,
me traes el tierno abrazo
de toda mi soledad.

OTRA VEZ EL VIENTO

El viento tiene un tambor;
el viento tiene una flauta.
Toca sin clave, ni pauta,
batuta ni director.
Llega sobre su caballo;
espuelas de azul y plata,
montera verde y corbata,
o pañuelo raboegallo.
Aprisa entra en los poblados
por las plazas y callejas;
sube sobre los tejados
y hace bailar a las tejas.
En las plazas y caminos
su tambor y flauta toca;
guabinas y torbellinos;
y pone a la gente loca.
Luego sale a los alcores,
o a la riente sabana,
y ejecuta una pavana
para pájaros y flores.
No hay fiesta, baile, comida,
en que el viento no debute;
cuando nadie lo convida
él se mete de matute.
Las noches serenatea
al balcón y a la ventana,
sopla con toda su gana
sea guapa o sea fea.

Y si nadie lo requiere,
las estrellas imoportuna;
toca al sol, toca a la luna,
porque si no toca, muerte.
Y cuando advierte que ya
a nadie agrada su arte,
cuelga el tambor y se va
con la música a otra parte.

PALOMAS

Volando sobre las lomas,
en visita inesperada,
han llegado hasta mi amada
una banda de palomas.

Como en una exposición
van recorriéndolo todo;
y lo hacen de tal modo
que atraen la admiración.

Ya han llegado hasta la cumbre;
ya descansan y zurean.
Mientras ellas se recrean
se alegra mi soledumbre.

Ya se ven aleteando,
haciendo pequeños vuelos;
como traen sus pequeñuelos
los están amaestrando.

Hasta el viento ha contenido
su ruidoso suspirar,
porque quiere contemplar
aquel juego entretenido.

Palomas en soledad
alisándose las plumas;
si la paz a la paz sumas,
qué grande será tu paz.

Y otra vez alzan su vuelo
de regreso al palomar.
¡Qué tranquilo su volar
a través del azul cielo!

Todo en silencio se queda,
y ya el lucero se enciende;
la paz sus miembros extiende
sobre la noche de seda.

LA FUENTE

Sobre la verde pradera
salta bullente su ola
musical,
cual si en el fondo tuviera
escondida una pianola
de cristal.

Como un ciego caracol
el camino con su dedo
va palpando.
Teme al hielo, teme al sol;
y para ahuyentar el miedo
va cantando.

Seducidos por el brillo
y el sonido monocorde
de raudal,
el berro y el trebolillo
van llegando hasta su borde
vegetal.

Cantos límpidos, redondos;
arenillas de topacios
y espejuelos,
adornan los claros fondos,
en que sueñas los palacios
de los cielos.

Cómo alegra la campiña
su onda pura, saltadora,
musical;
en ella bebe la niña,
la abejita zumbadora
y el turpial.

Y cuando llega al poblado,
va a verter sobre la taza
su armonía;
grito alegre, entrecortado,
que llena toda la plaza
de alegría.

Un alma tiene la fuente
en la humedad del cristal
escondida;
dar de beber a la gente,
elemento sin el cual
ya no hay vida.

VENCEJOS

Por el aire de mi cielo
llegaron como bandidos.
El azul de rayas negras
llenan, y el aire de gritos.
Mañana azul de septiembre,
septiembre sereno y limpio.
Mi soledad una plaza
semeja, cuando los niños
van saliendo de la escuela
con cartapacios y libros.

Con sus negros uniformes
y su corbatín de lino,
sobre un campo verde azul
han desplegado su equipo.
Es un juego de violencia
y de acelerado ritmo.
Mil jugadores se cruzan
en vertiginosos giros;
todos los ojos clavados
en determinado hito;
al llegar hay gran disputa
con entrecruzar de picos.

¿Son mágicos tejedores
que sin aguja y sin hilo
le están bordando al azul
algún tapiz invertido?

Cuál hieren mi soledad
sus desgarrados chillidos.
Parecen almas errantes
de alguna salvaje tribu,
que irrumpieran audazmente
lanzando espantables gritos.

Mas yo los quiero acoger,
cual se acoge al peregrino;
porque peregrinos somos
y compañeros de exilio.

Yo voy soñando caminos
A. Machado

LA TARDE

En el dulce silencio de la tarde
se tienden amorosas mis miradas.
Con un sonar de esquilas invisibles
van subiendo y bajando por las faldas.
Ya llegan hasta el río,
y un momento se quedan sobre el agua.
Entre la blanca espuma
las esquilas se pierden y se callan.
Y otra vez van subiendo por las lomas,
ya mucho más lejanas
hasta que ya del todo se me pierden
en las hondas barrancas.

Es una tarde lenta.
Como una sombra la tristeza avanza.
El sol en agonía
entre charcos de sangre se desmaya.

Y vuelven a sonar las esquilillas.
ya del todo irreales y lejanas,
mientras las sombras densas de la noche
atajan las miradas.

¡Oh noche, oh soledad oscura, ciega!
Toda te llevo dentro de mi alma.

LA NOCHE

Ya la rosa del día
azul y blanca su corola cierra;
en el mismo botón, sobre la tierra
comienza a florecer la noche fría.

¡Oh noche azul, cortina,
que en paralelos corres y resbalas;
y eres como solícita gallina
que cobijas mi tierra con tus alas.

Ella, al dolor rendida,
entre tus blandas plumas luego queda,
como niña, dormida;
y tú la brezas con tu voz de seda.

Le despiertas al grillo
y al dulce sapo de flautín canoro;
y los encantas con tu opaco brillo
para que esfuercen su vibrante coro.

Y con tus manos bellas,
tejiéndole guirnaldas a su cuna,
la vas cubriendo con fulgor de estrellas,
y con rayos de luna.

Es tu mano tan suave;
y es tanto, oh noche, lo que la consuelas,
que te entrega su nave,
rendida a ti, sin remos y sin velas.

En tus aguas, perdida;
embriagada en tu música serena,
la tierra triste olvida
un instante el dolor de su cadena.

Y, cuando vuelve el día
a despertarla con su rayo amado,
siente en sí una dulcísima alegría,
la de saber que Dios no la ha olvidado.

Copla:
Los luceros de la noche
son unas agudas lanzas
que, atravesando los ojos,
van a clavarse en el alma.

ESTRELLAS: DIVINAS HUELLAS

Olvideme de mi cuerpo;
quedé solo con mi alma.
Yo le dije, alondra mía,
esfuerza al cielo tus alas.
Era muy recia aventura,
a través de un mar de lanzas:
como iba desnuda y ciega,
toda en ellas me llagaba;
cuado ya herida subía,
me lancé a que me mataran.

Arribamos a la rueda
de la luna plateada.
Había allí un silencio frío
y unas peladas montañas.
Errante, el divino Orfeo
triste su lira tocaba.
Tigres y lobos de nieve
sus acentos escuchaban.

De allí en un oscuro salto
hasta Sirio me pasaba.
Era un prisma fulgurante
en una infinita gama
de colores. Supe que era

la sabiduría humana,
donde se veía a Dios
en unas vislumbres pálidas.

De aquí con las tres Marías
en la ruta me juntaba.
Al momento comprendí,
—aunque no oí sus palabras—
que en busca de un gran amor
ellas también caminaban.

Las Hýades y las Pléyades,
coros de vírgenes santas,
también me hablaron de El
con unas palabras castas.

Ya del todo me perdí;
no sabía dónde andaba;
inmensas bolas de luz;
brillantísimas galaxias;
luceros y más luceros
todos me cauterizaban.

Encontré al divino Juan;
encontré a la virgen de Avila;
los dos transpuestos en éxtasis,
sus plumas manando llamas.
Ruiseñores encendidos
tenían en la garganta.
Pregunteles si podría
entrar del rey en la estancia.
Que moriría, dijéronme,
a la primera mirada.
Como ya tenía mil muertes,
la muerte no se me daba.
Dí, pues, un oscuro salto;
mas fue en falso; y ya mi alma,

herida de mil cauterios,
cayó donde el cuerpo estaba.
Lo que en el salto perdí,
sólo lo sabe quien ama.

PRESO

Con sus ígneos caballos y su coche
el sol se hunde entre rojas llamaradas.
Bajando por laderas y cañadas,
me invade la dulzura de la noche.

Cada estrella que nace es nuevo broche,
que en su luz aprisiona mis miríadas,
y son ciento, son mil, son miríadas. . .
Cautivo me he quedado en su derroche.

Pero si son de amor mis carceleros;
y pura luz de amor tantos luceros;
y si el Dios del amor así lo quiso;

preso estoy con cadenas de fulgores.
Que si cadenas son, lo son de amores;
y mi cárcel, un bello paraíso.

INVIERNO

Largo capotón de paño
sobre el invisible cuerpo;
muy calada la visera;
helado y rígido el gesto;
por todos los cuatro puntos
nos ha llegado el invierno.
Viene cargado de lluvias,
de frío y hasta de hielo.
Encogido y tembloroso;
muy exigente y molesto.
Es duro, insensible, triste,
como noche sin luceros.
Lleno de melancolía
guarda e impone silencio.

Toda mi sierra ha quedado
sumida en profundo tedio,
aniquilada, rendida,
bajo un plomizo silencio.
Sus picachos y barrancas
su perfil claro perdieron.
Todo es vaho, todo embozo;
todo noche, todo miedo.

Triste está mi soledad;
triste y en mudo silencio.
Triste está mi corazón;
y frío mi pensamiento.

NIEBLA

Solo, perdido, ciego,
entre la espesa niebla.

Borrose de mis cumbres
la redondez morena;
sus hondas depresiones;
su mole cenicienta.
Despareció también
la pendiente ladera;
quedó el valle anegado;
las colinas inmersas.
La niebla va acampando,
cada vez más espesa.

Náufrago, en una isla
con dos palmos de tierra.
Miro hacia arriba; el cielo
no ofrece ni una estrella;
miro a mi alrededor;
una maraña inmensa.
¿Qué es esto; su sentido
perdió Naturaleza?
Desaparece el cielo;
se ha ocultado la tierra;
me quedo en el vacío,
solo, como mi conciencia.

Me siento abandonado,
en total impotencia,

como niño perdido
en medio de una selva.
Sólo una lucecita
me ilumina y me alienta,
saber que Dios es padre
y que siempre está cerca.

LLUVIA

Alegres, enamoradas,
las nubes al mar bajaron;
sus conchas en él llenaron,
y se volvieron aladas.

La tierra reseca espera,
triste la estéril entraña.
Agua pide la montaña;
agua clama la pradera.

Y empieza a caer la lluvia
con un repique divino;
y brilla sobre el camino,
blanca, nacarada, rubia.

La tierra con prisa avara
absorbe las gruesas gotas;
el polvo salta en pelotas,
como si se atragantara.

Y quédase muy en calma
porque la nube le eche;
y siente un sabor de leche
que le refocila el alma.

Con deslumbrante frescura
Alégrase la colina;
y para mayor dulzura
el agua se hace neblina.

Alégrase la pradera,
y todo el vario plantío.
El agua maga, hechicera,
se le convierte en rocío.

Cuando la tierra despierta
de su divina embriaguez,
fina y lustrosa la tez
vése en joyeles cubierta.
Siente que le dan amores,
y alza sus ojos al cielo;
y ve posarse en el suelo
el arco de mil colores.

PRIMAVERA

1. en el cielo

Un sol de miel y canela,
un blondo, jocundo Febo,
deslíe en un cielo nuevo
su corazón de candela.

Cielo azul, límpido, afable,
que nos gana y encandila,
cual penetrante pupila
del Dios bueno y adorable.

Un aire delgado, fino;
una brisa saltadora,
llega escoltando a la aurora
con traje de peregrino.

Todo en el cielo es candor;
todo de nosotros tira;
nuestro corazón suspira
y se abre como una flor.

2. en la tierra

Mi corazón va rasando,
como tierna golondrina;
mi corazón va volando
sobre la verde colina.

Los montes, quietos colosos,
tiemblan de aurora y de frío;
y se cubren de rocío,
blandos, puros, olorosos.

Y los trigos y el maíz,
que se extienden por las faldas,
tienen un suave matiz
de topacios y esmeraldas.

Pequeñas flores azules
se asoman a las quebradas,
como en un campo de gules,
como si fueran pintadas.

Primavera, primavera;
que llegaste a media noche;
súbeme a tu lindo coche
y déjame que te quiera.

VERDE COMO EL TRIGO VERDE

Tiene un penetrante filo
este verdor y esta calma,
que me pone el alma en vilo,
que me saca de sí el alma.

Verde oscuro en el maíz;
verde dorado en el trigo;
y entre matiz y matiz
verde y dulzura de higo.

La luz al verde requiere,
la brisa lo ondula y riza.
La luz mi corazón hiere,
la brisa lo cauteriza.

Y todo mi yo se pierde
en esta hermosa maraña,
y tiembla como una caña
delgada, de trigo verde.

NUESTRO PADRE JESUS NAZARENO
(La oración de un peregrino)

En llegando, me miró
con mirar triste, sereno.
Oh mi Padre Nazareno,
a quien solo adoro yo.

Yo subí a su romería,
14 del mes de enero,
desde el alto Almorzadero
un viento helado venía.

Entre toros de candela
y estallar de voladores,
comencé a sentir dolores
como rejones de espuela.

Me ladraban, me mordían
con despiadada fiereza;
me bajaban, me subían
de los pies a la cabeza.

Oí la misa, el sermón,
aquellas palabras buenas;
que Jesús era el perdón
y el consuelo en nuestras penas.

Lo miré. Estaba doblado
al peso de una gran cruz;
fulgía en un mar de luz
su manto rojo-morado.

Por toda la procesión
de cerca lo fui siguiendo;
y parece que iba oyendo
su voz en mi corazón.

Vi que muchos se quedaban
para ofrecerle sus cirios;
y ante sus andas pasaban
contándole sus martirios.

Y yo también me quedé,
con mis pobres candelillas;
y sin saber, de rodillas
a sus plantas me encontré.

Le miraba y me miraba;
me dolía y se dolía;
yo le hablaba y él me hablaba,
y un no sé qué me decía.

Tomándome de la mano,
me llevó por un sendero,
y desde el paso primero
en que tuve jucio humano,
me mostró mis desvaríos,
mis torpezas, mis pecados,
mis años todos baldíos,
de espinas sólo sembrados.
Se me mostró cuando niño,
tiritando en un portal;
tomando carne mortal
sólo por nuestro cariño.
Lo vi, amoroso pastor,
por los riscos y quebradas,
buscando con sus miradas
al perdido pecador.

Lo vi en el Huerto rezando,
con palidez de aceituna,
todo cubierto de luna
sudor de sangre manando.
Y lo vi en el santo monte
expirar sobre la cruz,
cuando en vez de blanca luz,
manó sangre el horizonte.
Y en aquel inmenso abismo
de maldad y frenesí;
entre los sayones vi;
oh, mi Dios, me vi a mí mismo.
Con látigos de pecados,
con espinas de impureza,
coronando su cabeza,
desgarrando sus costados.
Me sentí como en un mar;
las aguas me iban ahogando;
eran aguas de pesar
de mis dos ojos manando.
El divino Nazareno
me miraba y me miraba,
con mirar dulce, sereno;
y oí que me perdonaba.

En el alma me miró,
con mirar triste, sereno.
Oh mi padre Nazareno,
a quien tanto quiero yo.

Indice

	Pág.
A las mayorías (al pueblo que sufre)	5
Ambientación	7
Poesía de Enrique García	9
I	
Invitación	13
Llegada	15
Niebla	16
Primer acercamiento	17
Aurora	18
Campanas sobre las nubes (alborada)	20
Himno	22
Laúdes	23
Mediodía	25
La Tormenta (erosión)	26
Ocaso	28
Tentaciones (Primera)	30
Segunda Tentación	31
Tercera Tentación	32
Presencia	34
Yo Soy. . .	35
Contigo para siempre	36
Requiebros	37

Pág.

Geografía 39
La Virgen de sal 41
El cuerpo de la amada 42
No vendrá la primavera 44
Todos se van diciendo 46
Amor sin palabras 48
Transparencia 49
Pájaro de carne 50
El toro de la noche 51
La luz cada mañana 52
La Alondra 53
Ya era cielo 54
En soledad perdida 56
Náufrago en alta mar 58
El silencio 59
Vivo latir de Dios nos goteaba 60

II

Los héroes del desierto 63
Moisés, el libertador 64
Elías, el profeta 65
Juan Bautista, el precursor 66
Cristo 67
En busca de la sabiduría 68
1. Qué descansada vida 68
2. La del que huye del mundanal ruido 70
3. La escondida senda 72
4. Los pocos sabios, que en el mundo han sido 73
Mística 75
Noche oscura 77
El cántico 79
Llama de amor viva 81

III

Oh soledad bendita 85
Nido y colmena 87

	Pág.
Maitines de los pájaros	89
Invitatorio	90
Salmo 1	92
Salmo 2	93
Salmo 3	94
Lectura-meditación	95
Fabricando la miel	98
Aprendiendo latín	100
Trepando los cerros	101
El ronrroneo de las abejas	103
Ser misionero	105
Gozos y dolores del río	106
I. Gozos	106
II. Dolores	108
El Frailejón (*espeletia grandiflora*)	110
El Zamuro (*aura*)	112
La tierra caliente	115
Paisaje invertido	117
Motivos	119
La Brisa	120
Otra vez el viento	122
Palomas	124
La Fuente	126
Vencejos	128
La Tarde	130
La Noche	131
Estrellas: Diversas huellas	133
Preso	136
Invierno	137
Niebla	138
Lluvia	140
Primavera	142
Verde como el trigo verde	144
Nuestro Padre Jesús Nazareno	145

El Sr. Ing. Jaime Valle Méndez, Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, dispuso la impresión de este libro en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina. La edición estuvo al cuidado de su autor. Fue concluida el 18 de diciembre de 1997 y consta de 1000 ejemplares.